

y de un valor no ménos grande. Los escritores árabes colocan el día de la derrota de Tolosa entre los días nefastos del islamismo; quince siglos más tarde era todavía objeto de una conmemoracion solemne. Todos los jefes perecieron; si hemos de creer á un historiador, no se escapó de ella ni un solo hombre (1).

Los Árabes reunieron todas sus fuerzas para vengar la sangre de sus mártires; encontraron en las llanuras de Poitiers á Carlos Martel con sus Francos. Escuchemos el relato de los cronistas sobre esta batalla, que es uno de los grandes hechos de la historia: «Los Francos estaban colocados como una pared inmóvil, como un muro de hielo, contra el cual los Árabes armados iban á estrellarse, sin que produjeran en él impresion alguna. Estos últimos avanzaban y retrocedían con rapidez. Sin embargo, los Germanos, poderosos por su fuerza y valor, segaban á los musulmanes con su mano de hierro» (2). Todos los historiadores saludan la victoria de Poitiers como uno de aquellos sucesos que deciden del porvenir de la humanidad: «La Europa, dice *Sismondi*, debe aún hoy su existencia, su religion, su libertad, á Carlos, el martillo de los Sarracenos» (3). Aunque no participemos del soberbio desprecio que los escritores cristianos afectan respecto de la barbárie musulmana, nos unimos á ellos para glorificar al vencedor de los Árabes. La Iglesia ha sido ingrata con el héroe que salvó á la cristiandad; la leyenda le relegó á los infiernos, porque entregó los bienes eclesiásticos á sus guerreros; la historia, con más justicia, le coloca entre los grandes hombres de la Edad Media. Carlos Martel decidió la lucha de dos razas y de dos religiones; la batalla de Poitiers dividió el mundo entre el islamismo y el Evangelio, dejando al uno el Oriente y al otro el Occidente.

Después de la batalla de Poitiers, la lucha de los Árabes con la cristiandad no tiene ya importancia; las hostilidades degeneran en bandolerismo y piratería; las conquistas cesan. *Gibbon* dice que la doctrina demasiado razonable del islamismo sobre la unidad de

(1) FAUREL, *Historia de la Galia meridional*, t. III, p. 77-80.

(2) *Chronic. Isidori, Episcopi Pacensis, ad a. 732* (DOM BOUQUET, t. II, página 721).—RODERICI TOLETANI, *Historia Arabum*, c. 14 (*Ibid.*, nota).

(3) SISMONDI, *Historia de la decadencia del Imperio romano*, ch. 15.—J. MULLER, *Allgemeine Geschichte*, XII, 67.—GIBBON, ch. 51.

Dios es la única causa que ha impedido sus progresos. Digamos más bien que Dios detuvo á los Árabes con el brazo de Carlos Martel, porque el Coran se puso en contacto con una doctrina religiosa que, á pesar del elemento sobrenatural con que se halla mezclada, es superior al dogma mahometano.

§ III.—Derecho de gentes.

N.º 1.—Los conquistadores.

Un escritor cristiano compara la conquista árabe á uno de esos cataclismos físicos que, como los incendios y los huracanes, lo asolan todo sin dejar germen alguno de porvenir; á creerle, la invasion de los pueblos del Norte fué pacífica, si se la compara con la inmigracion de los Bárbaros del Mediodía (1). La verdad es que los Bárbaros del Norte fueron ciegos instrumentos en la mano de Dios para destruir una civilizacion decrepita y podrida; ellos mismos se consideraban como el azote de Dios. Los Arabes fueron los misioneros armados de una nueva religion, y tenían conciencia de su mision; no fué el furor de la destruccion, no fué la ambicion vulgar del conquistador la que les llevó de conquista en conquista, fué la voz del profeta la que les decía que propagáran el islamismo por el Oriente y el Occidente. Como Bárbaros semi-selvajes, los pueblos del Norte comenzaron por arruinar lo que quedaba de cultura intelectual, hasta el punto de que los siglos en que dominaron se llaman la noche de la Edad Media; recibieron de los vencidos su cultura, su religion, sus leyes, su lengua misma. Los Arabes no eran ya bárbaros cuando se lanzaron á la conquista del mundo; tenían en sí gérmenes de civilizacion que se desarrollaron con una rapidez y un esplendor tan maravilloso como sus victorias; lleva-

(1) CANTÚ, *Historia Universal*, t. VIII, p. 478. CANTÚ ha tomado de F. SCHLEGEL la comparacion de la invasion de los Bárbaros con una colonia pacífica (*Philosophie der Geschichte*, 12.ª leccion).

ron su civilización á los vencidos (1). Estos Bárbaros del Mediodía, á quienes se acusa de haberlo destruido todo, fueron los que encendieron el fuego sagrado de la ciencia y de la filosofía en Europa.

Voltaire dice que «los Arabes eran un pueblo de bandidos; que robaban ántes de Mahoma adorando á las estrellas, y que robaban en tiempo de Mahoma en nombre de Dios.» Es verdad que los Arabes del desierto son nómadas y bandidos; la naturaleza, por decirlo así, los ha hecho de esta manera. La Arabia está en parte cubierta de áridas montañas y de extensos arenales sembrados de raros oasis; los Arabes viven bajo tiendas, las más veces de la rapiña, para suplir á lo que el suelo les niega. Justifican sus robos diciendo que, en la división de la tierra, las demás ramas de la familia humana obtuvieron climas ricos y felices, mientras que el infortunado Ismael tuvo por lote los desiertos; que su posteridad tiene el derecho de recuperar por medio del artificio y de la violencia la porción de la herencia de que se la ha privado injustamente (2). Pero estos bandidos del desierto son al mismo tiempo el más hospitalario de los pueblos; el extranjero que pone el pié en sus tiendas se convierte en un sér sagrado. Diríase que el Arabe siente la debilidad del hombre cuando lucha con la inmensidad del desierto y con los terrores de la naturaleza; el instinto de la humanidad le lleva á la caridad para con el desgraciado viajero. Fuegos encendidos en las montañas le dirigen y le muestran el camino de la tienda hospitalaria. Una guerra á muerte estalló entre dos tribus de la misma familia por el camello de un huésped cuya sangre pedía expiación (3). Un pueblo que practica la hospitalidad con esta previsión y esta abnegación, no es un pueblo de bandidos. El sentimiento de humanidad, esta flor de la civilización, se había desarrollado entre ellos; resplandece en admirables actos de delicadeza. Voltaire mismo ha celebrado las luchas de generosidad y de

(1) HEEDER, *Ideas*, XIX. 5: «Bienhechores de los pueblos que habían conquistado, ya por sus descubrimientos, ya por las ideas que propagaron, su influencia se ha hecho sentir en todo el sistema del mundo civilizado.»

(2) SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*.

(3) FULGENCIO FRESNEL, *Cartas sobre la historia de los Arabes ántes del islamismo*, I, 27, 16, 20.

amistad que ilustran los anales de los habitantes del desierto (1). Nosotros recordaremos algunos rasgos, ménos conocidos, de un Arabe que es, por decirlo así, el ideal de su raza.

Como todos los héroes árabes, *Hatinc* era á la vez guerrero y poeta. Canta sus sentimientos en una *cávida*: «Como pobre, no pido nada á nadie. Como rico, llamo á los demás á que participen de mis riquezas..... Otros son esclavos de sus tesoros; yo, gracias á Dios, dispongo como dueño de mis bienes. Los consagro á redimir cautivos, á alimentar á los viajeros, á derramar beneficios en derredor suyo.» *Hatinc* se había impuesto la ley de no rehusar jamás lo que se le pidiese. Habiéndole gritado un enemigo que huía delante de él: «*Hátinc*, hazme el favor de tu lanza», le dió al instante su arma y dejó de perseguirle. Sus amigos le echaron en cara esta imprudencia: «Si el que huía hubiera vuelto á la carga, te hubieras hallado desarmado para oponerte á sus golpes. — ¿Qué queréis? respondió *Hatinc*, me pedía un favor..... Jamás digo al hombre que me implora: No tengo nada que darte. ¿Cuando mi alma vague por el desierto y mi cuerpo descansa en la tumba, me sentiré privado de lo que hubiere dado? ¿Gozaré de aquello de que no me hubiere desprendido por avaricia?» *Hátinc* pasó un día por el país de los Hamza: un desgraciado que se hallaba detenido como prisionero, le dijo á gritos que tuviera piedad de su miseria. *Hátinc* le respondió: «No llevo conmigo con qué pagar el precio de tu libertad. Pero no has recurrido en vano á mí.» Negoció con los Hamza, se comprometió á darles cierto número de camellos por su rescate, y hasta que éstos llegasen ocupó el lugar del cautivo.» *Hátinc*, tan célebre por su bravura como por su generosidad, había jurado no dar nunca muerte á un hombre; perdonaba siempre la vida de aquellos con quienes combatía; daba la libertad á los prisioneros sin rescate. Citemos también un rasgo de caridad demasiado admirable para no ser referido. La tribu de *Hátinc* estuvo en la más espantosa miseria durante un año de hambre. Una tarde el Arabe y su mujer, después de haber pasado el día sin comer, habían llegado á hacer olvidar el hambre á sus hijos y á adormecerlos contándoles historias. Llega una vecina gri-

(1) VOLTAIRE, *Diccionario geográfico*, en la palabra Arabes.

tando que sus hijos no tienen nada que comer, que los ha dejado aullando como lóbezanos, é implora su compasión. *Hátine* mata su caballo *Djilab*, lo despedaza y enciende el fuego para asarlo. «*Sírvete*, dice á su vecina, y sirve á tus hijos. Despierta á los nuestros, añade, dirigiéndose á su mujer, y satisfaced vuestro apetito.» Después continúa: «Sería una vergüenza que comierais sólo vosotros, mientras que toda la gente del campo padece hambre.» Va de tienda en tienda á invitar á todo el mundo á que venga á participar de la comida. Todos acuden apresuradamente; en cuanto á él, envuelto en su manto y oculto en un rincón, estuvo mirando cómo comían, sin probar un solo bocado (1).

La hospitalidad y la generosidad fueron siempre las virtudes de los Arabes, hasta en los furores de sus guerras civiles. Los *Abbasidas* persiguieron á los *Ommiadas* con un encarnizamiento y una crueldad propias de una fiera. *Ibrahim*, uno de los príncipes de la familia caida, se refugió en el patio de una gran casa que encontró abierta. Le recibió un jóven y le concedió asilo sin dirigirle pregunta alguna. *Ibrahim* veía salir todos los días al que le hospedó armado de todas armas. Le preguntó el motivo de estas correrías, y el jóven le respondió: «*Ibrahim* ha muerto á mi padre; he sabido que se ha visto obligado á ocultarse y le busco todos los días para saciar mi venganza en su sangre.» El desgraciado príncipe dijo á su huésped: «Yo soy *Ibrahim*, el matador de tu padre; castígame por mi crimen.» El jóven cambió de semblante, y con los ojos llenos de lágrimas, dijo á *Ibrahim*: «Tú irás un día á encontrar á mi padre en presencia de un juez lleno de equidad. Yo no faltaré á la palabra que te he dado, pero como temo no ser siempre dueño de mis sentimientos, vete á buscar un asilo en que tu presencia no traiga á la memoria recuerdos desgarradores.» Le ofreció una bolsa de mil piezas de oro. *Ibrahim* rehusó el regalo y se alejó silenciosamente (2).

Otro rasgo de la raza árabe es su pasión por la poesía. Aquellos

(1) PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. II, p. 610 y sig. Debe leerse en PERCEVAL (II, 636-640) el rasgo de generosidad de un guerrero árabe para con un ladrón que por casualidad había participado de su pan.

(2) QUATREMÈRE, *Memoria sobre los asilos entre los Arabes*, en las *Memorias del Instituto, Inscripciones y Bellas-Letras*, t. XV, p. 344-346.

hombres, siempre en guerra, que no se encontraban sino para combatirse, tenían reuniones anuales, adonde los héroes venían á cantar sus hazañas y la gloria de su tribu. Mientras duraban estas asambleas cesaban todas las hostilidades; no había otra lucha que certámenes para alcanzar la recompensa otorgada á los mejores poemas; se los copiaba en letras de oro y se los suspendía en el templo de la *Cába*. Era al mismo tiempo ésta una lucha de virtudes; porque la poesía cantaba las grandes y nobles acciones, el valor, la liberalidad, la hospitalidad. Es verdad que la violencia y el bandolerismo se contaban entre las virtudes cuando eran sus víctimas los extranjeros; el heroísmo del Árabe era como el de los caballeros de la Edad Media, mezcla de barbarie y de delicadeza. Los guerreros poetas eran los hombres más respetados de su tribu, eran sus reyes, por decirlo así; se les llamaba para decidir las diferencias, para acabar las guerras. La poesía tenía tanto imperio sobre aquellas almas de fuego, que se vió á hombres distinguidos convertirse al islamismo, encantados por la armonía de los versículos del *Corán* (1).

¿Son estos rasgos de una raza más bárbara que los Bárbaros del Norte? ¿No recuerdan los Arabes más bien á los Helenos que tenían también luchas poéticas, en las que la guerra tenía sus treguas y á las cuales llamaban también á los poetas á resolver sus contiendas? Estos gérmenes de cultura y de humanidad se desarrollaron entre los Arabes, como entre los Griegos, por medio de la guerra y de la conquista. La inspiración de los Arabes, aunque menos poderosa que la de los Helenos, dió la primacía á los sectarios de *Mahoma* durante la primera parte de la Edad Media; brillaron en las ciencias y las artes en el momento mismo en que las tinieblas de la ignorancia parecían pesar sobre el mundo cristiano. En los siglos IX y X, el Asia, el Africa y la España eran los centros de la civilización. Ciudades que nosotros llamamos bárbaras tenían universidades célebres. Un califa impuso como tributo al emperador Griego, en lugar de oro, manuscritos: «Muchos de aquellos príncipes que habitaron los palacios encantados de Bagdad durante un largo reinado, no tuvieron cui-

(1) WEIL, *Mohammed*.

dado más preferente que alentar á los sabios y á los poetas, reunir vastas bibliotecas y hacer traducir ó componer obras. Jamás, ni Leon X, ni Luis XIV, protegieron las letras con más predilección y magnificencia» (1). «Los príncipes se ponían á los pies de los sabios para aprender la sabiduría; el Imperio entero se parecía á una inmensa academia en la cual todos eran maestros ó discípulos que comunicaban ó recibían la ciencia» (2).

No queremos idealizar la raza árabe. El movimiento intelectual fué pasajero, porque carecía de fuerza y de iniciativa. En la filosofía, los Arabes se limitaron á traducir á Aristóteles y á comentarle; carecían del espíritu creador. No tenían el genio de la libertad, y sin libertad no hay ciencia política ni historia. Su poesía misma es más bien un ruido de palabras, una armonía de versos, que un acento que sale del alma. No mostraron espíritu de invención sino en las ciencias (3). Pero para apreciar la misión civilizadora de los conquistadores árabes no se debe comparar su cultura intelectual con la nuestra; se debe buscar lo que debemos nosotros á este pueblo á quien se considera como bárbaro: los Arabes fueron la primera luz que iluminó la Edad Media (4).

Admiremos los designios de la Providencia. Para que la humanidad alcance el objeto de su destino, es necesario que los progresos realizados por una generación aprovechen para el porvenir. Ahora bien, la continuidad del progreso descansa sobre el vínculo que encadena las edades sucesivas. La civilización moderna tiene sus raíces en la antigüedad; procede de la Grecia. Sin embargo, la invasión de los Bárbaros estuvo á punto de separar á la Europa de las fuentes de la civilización; los tesoros de la literatura helénica parecían perdidos para el Occidente. Pero Dios suscita en los desiertos de la Arabia un profeta que lanza á sus sectarios por el mundo entero; llevan consigo los monumentos de la sabiduría

(1) VILLEMMAIN, *Historia de la literatura francesa en la Edad Media*, 4.^a lección.

(2) MACAULAY, en la *Edinburg Review*, January, 1824.

(3) Debemos á los Arabes las bases de nuestros conocimientos matemáticos. El *Algebra* lleva en su nombre la señal de su origen oriental.

(4) «Los Arabes hicieron retroceder en parte á la barbarie que ya hacia dos siglos habia cubierto á la Europa quebrantada por la invasión de los Bárbaros.» HUMBOLDT, *Cosmos*, t. II, p. 247.

griega, traducidos á la lengua del Corán. Muchos siglos ántes que la toma de Constantinopla extendiese el conocimiento de la lengua de Platon por Europa, los Arabes comunicaron al Occidente las obras de los filósofos y de los matemáticos de la Grecia. Estas traducciones fueron la llama que encendió la filosofía de la Edad Media, primera manifestación de la libertad de pensar (1).

La España fué el intermediario por el cual la civilización árabe se comunicó al Occidente; allá es donde iban á instruirse en la Edad Media los hombres ávidos de ciencia (2). Gerberto (nombrado papa bajo el nombre de Silvestre), después de haber recorrido las escuelas de Francia sin poder satisfacer su pasión de aprender, fué á España á completar aquellos conocimientos físicos que causaron tal asombro, que se acusó al papa de haberse entregado al diablo para adquirir una ciencia tan maravillosa. En las escuelas de los Arabes estudiaban también los judíos la Medicina que practicaban en todos los países de Europa. La escuela de Salerno, tan célebre en la historia de las ciencias médicas, debe su origen á los Arabes. Su influencia no fué menos poderosa en el dominio de las artes. Durante toda la Edad Media, hasta el Renacimiento, los monumentos del Mediodía de Europa se construyeron á imitación de los Arabes ó por artistas de su nación; la iglesia de Nuestra Señora de París es una concepción de su genio (3). La poesía de los Arabes inspiró los *romances* españoles. Se reivindica para ellos una acción directa sobre las *trovas* provenzales (4); es indudable que la poesía moderna ha tomado de ellos la señal característica de sus versos: la rima (5).

Casi todos los establecimientos científicos que distinguen la cultura europea deben su origen á los Arabes. Fundaron los prime-

(1) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes en España*, t. II, p. 170-172.

(2) El monje CESÁREO DE HEISTERBACH (siglo XIII) dice (*de Miraculis*, v. 4): «*Plures ex diversis regionibus scholares in eadem civitate (Toleti) studebant in arte necromantica.*»

(3) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes en España*, t. II, página 173, 179.

(4) *Trova*, composición en verso; de donde viene *trovador*, el que hace ó canta versos (VIARDOT, II, 184-190).—FAUBIEL admite la influencia de los Arabes en su sábia é ingeniosa *Historia de la poesía provenzal* (t. II, p. 280 y sig.).

(5) MURATORI, *Antiquitat. Italic.*, t. III, p. 705, *de Origine Italicæ pæcos.*